

# Pedro Fabro: del temor al amor apostólico

---

## *Jesús Manuel Sariego, sj*

...*"En las conversaciones espirituales, Pedro Fabro ejercía un profundo e intenso influjo. Todo el que entraba en contacto con él, aunque estuviera alejado de las cosas espirituales, cambiaba de actitud. El P. Ignacio decía de él con frecuencia: 'Pedro saca agua de la roca'!"*...

Así como a Ignacio y a Francisco Javier los jubileos que se celebran el presente año<sup>2</sup> han logrado ensalzarlos hasta las alturas, -a uno como creativo fundador, a otro como esforzado misionero,- a Pedro Fabro lo han desenterrado del olvido. Hay que reconocer que la historia de la literatura espiritual jesuítica aún no ha hecho justicia con este hombre, uno de los personajes claves de los años iniciales de la Compañía de Jesús, "el hermano mayor de todos"<sup>3</sup>, como llegaron a llamarle sus compañeros.

Ciertamente este olvido no puede deberse a la falta de documentos. Contamos con un amplio epistolario del propio Fabro dirigido tanto a Ignacio como a los primeros compañeros<sup>4</sup> donde les transmite e informa con bastante pormenor de sus muchas actividades. Pero además, desde muy pronto, la primera Compañía conservó con fervor diversas versiones de su *Memoria*<sup>5</sup> que relata el proceso interior

---

\* Jesuita. Pertenece al Consejo de Redacción de la Revista Diakonia.

<sup>1</sup> **MHSI.** *Monumenta Nadal* V, 820-865.

<sup>2</sup> El presente año 2006 toda la "familia ignaciana" celebra un triple aniversario: el nacimiento del Beato Pedro Fabro, el 13 de abril de 1506 en Villaret, Saboya, Francia, el de San Francisco Javier, el 7 de Abril de 1506 en el Castillo de Javier, Navarra, en España y la muerte de Ignacio de Loyola en la madrugada del 31 de julio de 1556 en Roma.

<sup>3</sup> *Fontes Narrativae*, I, 104

<sup>4</sup> **MHSI.** Vol. 48. *Fabri Monumenta*, Roma, 1972 y *Epistolae Mixtae*, Vols. I-V.

<sup>5</sup> El texto original del Memorial fue escrito en latín. Aquí nos referiremos a la edición española de **ALBURQUERQUE A.** *En el corazón de la Reforma. Recuerdos espirituales del Beato Pedro Fabro S.J.*, Editorial Sal Terrae, Bilbao, 2000. Sobre las diversas versiones del texto, vid. págs. 109-111.

de su autor, así como importantes detalles acerca de su vida apostólica. El *Memorial* describe cinco años claves de la vida de Fabro: desde entrada en Espira, Alemania (15 de Junio de 1542) hasta su llegada a Roma (20 de Enero de 1546), cuando se disponía para asistir al Concilio de Trento, al que su última enfermedad nunca le permitió llegar. Además de los datos relativos a este período que describe, el documento rememora (de ahí su nombre) en clave de agradecimiento, pasajes claves de su pasado desde la infancia que ahora lee desde una nueva perspectiva, ofreciéndonos así una original interpretación espiritual de toda su vida.

Es en esta lectura retroactiva donde reside precisamente una de las diferencias entre el *Memorial* de Fabro y el *Diario espiritual* de Ignacio. El documento de Ignacio, redactado al final de la jornada, nace con motivo del discernimiento de un asunto puntual (el régimen de la pobreza de las iglesias de la primera Compañía), mientras que el documento de Fabro, escrito en la mañana después de la Eucaristía hace una relectura de todo el proceso espiritual de su vida además de los incidentes diarios de su trabajo apostólico. Se parecería en esto más a la *Autobiografía* ignaciana que fue dictada con ese mismo espíritu a González de Cámara<sup>6</sup>.

Tampoco el olvido puede justificarse por la distancia entre la vida de Fabro y la vivencia del carisma ignaciano entre la primera generación de jesuitas. La vida interior de Fabro aparece toda ella atravesada por el ejercicio permanente del discernimiento personal y el acompañamiento constante a muchos ejercitantes. Entre ellos, baste recordar a la comunidad de la Cartuja de Colonia, a John Heylar (discípulo de Vives en Oxford), al famoso teólogo Juan Cocleo, a Francisco Lobo, embajador de Portugal, al abad Felix Morone, a D. Juan de Granada, emparentado con el último rey musulmán de Granada, a los compañeros jesuitas Claudio Jayo, Pascasio Broët, Juan Coduri, Jerónimo Domenech y al famoso Pedro Canisio, el primer alemán ganado por el propio Fabro para la Compañía. Ninguno de los primeros jesuitas, según confesión del propio Ignacio, daba los Ejercicios como Fabro<sup>7</sup>. Recordemos que en los inicios de la Compañía eran los Ejercicios el

---

<sup>6</sup> DALMASES, Cándido de. *Autobiografía*, Introducción, texto y notas, en *Obras completas*, BAC, Madrid, 1997.

<sup>7</sup> DE CÁMARA, G. *Memorial*, 226.

único instrumento gracias al que la espiritualidad jesuítica se difundió. El mismo Fabro expresa con frecuencia cierta satisfacción por este incansable trabajo de difundir los Ejercicios Espirituales de Ignacio.

*...“De los que se han hecho mis hijos espirituales, ninguno, que sepa yo, es vuelto atrás, perdiéndonos la devoción”<sup>8</sup>...*

Nada más cercano al estilo de la nueva Compañía que “el modo de proceder” de Fabro: dotado de una capacidad singular para la conversación abierta y discreta, experto en cercanía humana, interesado por transmitir esperanza ante los problemas de fe de muchas de las personas con las que trataba, -sobre todo en la Alemania dividida por la Reforma- sabía poner en práctica los ideales expresados por la *Fórmula del Instituto* de educar, transmitir y defender la fe entre fieles e infieles.

En sus muchos viajes “y posadas procuraba edificar a las personas, instruyéndolas y exhortándolas”<sup>9</sup>, -decía el mismo Fabro. Supo departir tanto con Obispos, Cardenales, Juan III de Portugal, el emperador Carlos V o el príncipe Felipe II, como con los campesinos de Galapagar, los niños que confesaba o su propio carcelero. Hubiera deseado incluso, si se lo permitieran, poder departir con el mismo Melanchton. En diversas ocasiones se desempeñó como profesor de Teología en Roma y en Maguncia; por doquier actuó como confesor y predicador infatigable y en varias ciudades donde trabajó, dejó establecidas organizaciones de laicos y sacerdotes, como la *Congregación del Nombre de Jesús* de Parma y otras similares en Ratisbona y Colonia. Puso gran atención a la renovación espiritual de varios conventos de clausura y ocupó un papel clave en la reforma de las costumbres del clero germano, escribiendo incluso un Manual para confesores. Era, en fin, realmente un hombre especialmente dotado para la relación sacerdotal, como el mismo Simón Rodríguez recordaría años más tarde:

*..”Prescindiendo de otras muchísimas virtudes, tenía una suavidad y gracia especial y sumamente agradable para tratar con la gente, como no he visto en ninguna otra persona. No sé cómo se las arreglaba para ganarse la amistad de*

---

<sup>8</sup> MHSI. *Fabri Monumenta*, 112.

<sup>9</sup> *Memorial*, 433.

*aquellos con quienes trataba y arrastrarlos fuertemente, con la suavidad de su conversación, al amor de Dios*<sup>10</sup>...

Pero además, Fabro no sólo es un exponente de la mística y espiritualidad jesuíticas. También su compromiso apostólico es todo un emblema representativo de los ideales misioneros de la naciente Compañía que imaginaba al jesuita como un enviado en permanente movimiento “entre fieles e infieles”, a las órdenes del Sumo Pontífice. Junto con Laínez, fue el primero en recibir una misión papal cuando fueron enviados a la ciudad de Parma en Junio de 1539, justamente en el momento en que el primer grupo fundador jesuita aún estaba deliberando su propia constitución para el futuro del texto que más tarde sería el de la aprobación papal de la Orden.

A partir de Parma, la vida en dispersión apostólica de Fabro iría “in crescendo”: primero fue comisionado por el Papa para acompañar al Dr. Ortiz en los fracasados diálogos conciliatorios con los teólogos reformados en Worms, Espira y Ratisbona<sup>11</sup>. Más tarde, en Julio de 1541 de nuevo ha de viajar con el Dr. Ortiz hacia España con el conocido incidente del encarcelamiento en Francia. En Abril de 1542, a solicitud del Cardenal Farnese, Fabro debía retornar a Alemania para ponerse a la orden del legado pontificio Juan Morone, (visitando Espira, Maguncia, Bonn y Colonia) e intervenir en el conflicto provocado por la posición hereje del arzobispo luteranizante Remen von Wied. El Cardenal le dio órdenes de trabajar pastoralmente en la ribera del Rin “según el arte y manera de la Compañía de Jesús<sup>12</sup>”. Es justo en ese momento cuando Fabro comienza a redactar el Memorial.

Cuando ya parecía que Alemania iba a convertirse en su residencia habitual, en septiembre de 1543, Fabro recibió la misión de viajar a Portugal, para ser delegado del Papa en la Corte del Rey Juan III, y acompañar a la infanta María en su viaje a España para contraer nupcias con el aún

---

<sup>10</sup> MHSJ. *Epist. Broëtti, Jaji, Coduri, Roderici*, 453.

<sup>11</sup> El Dr. Pedro Ortiz había denunciado a Ignacio en París ante la Inquisición; posteriormente, convertido en consejero de Catalina de Aragón ante la Santa Sede para la defensa de su matrimonio, había cambiado su parecer sobre la naciente Compañía y se había vuelto un defensor de ella ante el Papa. Había hecho los Ejercicios espirituales acompañado por Ignacio en la Abadía de Monte Casino.

<sup>12</sup> LEITNER, Severin, “*Fisonomía espiritual de Pedro Fabro*”, en *Revista de espiritualidad Ignaciana*, 109, XXXVI, II, Roma, 2005 págs. 105-127.

príncipe Felipe II; Ignacio deseaba también que con esta visita de Fabro se pusieran los fundamentos de la Compañía en España. En cierto modo resultó un viaje decepcionante: la princesa murió poco después del parto de su primer hijo y Fabro enfermó y ante la dificultad de conseguir una embarcación en Amberes, había tenido que esperar largo tiempo Lovaina. Mientras esperaba embarcación, no perdió su tiempo; se dedicó a la atención de los jóvenes universitarios entre los que pronto reclutó un grupo de jesuitas que enviaría más tarde al Colegio de Coimbra. Aún esperando realizar su viaje a Portugal, regresó a su querida Alemania, a Colonia en enero de 1544, (su segunda estancia en esta ciudad), y esta vez se entregó de lleno al trabajo con los jóvenes por medio de la docencia, en la Universidad y la predicación.

Al fin, en Julio de 1544 logró embarcarse para Portugal desde Amberes. Visitó Lisboa y el famoso Colegio de Coimbra; desde allí se puso en camino hacia España donde Ignacio le había encomendado dar a conocer la Compañía y logró fundar los colegios de Valladolid y Alcalá. Consiguió reunir un grupo de jóvenes con deseos de ser jesuitas y así ir poniendo las bases de la Compañía en España.

En febrero de 1546, por expreso deseo del Papa, Ignacio solicitó a Fabro que se alistara para asistir al Concilio que se habría de reunir en Trento. Ignacio era consciente de las muchas tareas de Fabro y tras maduro discernir consideró que su presencia era importante en el Concilio. En abril de 1546 Fabro emprendía su último viaje en el que la enfermedad sería su compañera desde Barcelona hasta Roma donde fallecía cuando apenas contaba con cuarenta años.

De Fabro se puede decir, pues con justicia, que la mayoría de su tiempo debió vivir “solo y a pie”. Inmerso en el centro de los conflictos eclesiales de la época, atravesó Europa por tierra y mar; dos veces viajó hasta Alemania, desde ahí se desplazó a los Países Bajos; recorrió Portugal y atravesó España. En Fabro se hace verdad aquello que diría Nadal del estilo de vida de los jesuitas: *“Nuestra habitación más propia son las peregrinaciones”*... Muchas de sus misiones le llevaron a vivir sin una comunidad jesuita de apoyo, pero a la vez fue el impulsor de las primeras comunidades de estudiantes jesuitas en Alemania, Bélgica y España. Experimentando la dureza del desprenderse de las labores que

ha comenzado, en medio de tantos cambios de destino, Fabro sintió siempre la alegría de vivir siempre como peregrino. “*Holgaría de mi parte nunca parar en lugar, sino ser peregrino toda mi vida por unas partes y otras del mundo*”<sup>13</sup>. Alguien, en fin en quien el espíritu de Ignacio “se hizo carne y habitó entre nosotros..

Pero de todos los itinerarios recorridos por Fabro, ninguno tan apasionante y atractivo como el de su propio interior. Una larga peregrinación que le permitió avanzar desde su natural estructura personal cargada de inseguridades hasta la firmeza de una vida apostólica edificada en el amor. En ese itinerario nos vamos a detener. Fabro es la verificación de que el encuentro con Dios no sólo pacifica y unifica a la persona, sino que lo transforma paulatina, pero hondamente.

“*Así ando inter metum et spem*” (entre el miedo y la esperanza)<sup>14</sup>, - le confesará en una carta a Ignacio en 1545,- como símbolo de todo un largo itinerario que marcó toda su vida. En síntesis podría decirse que a lo largo de su vida, la cercanía de Dios fue transformando su alma desde la inseguridad hasta la esperanza capaz de ser protagonista de grandes empresas apostólicas. Este es el proceso que en estas líneas quieren subrayar brevemente. Porque ese itinerario es de alguna manera paradigmático para todo creyente. En tiempos como los nuestros atravesados de cambios de época, la experiencia de Dios sigue construyendo firmeza y seguridad en la vida de todo hombre que deposita en Él su confianza. En ese sentido este jubileo de Fabro nos convoca a todos a dejarnos reconstruir desde nuestros débiles fundamentos hasta la “estatura de la fe”, en la que “el justo florece como la palmera, crece como un cedro del Líbano, plantado en la casa de Yahveh, dando fruto hasta la vejez”. (Salmo 92).

## 1. La mujer encorvada

Si algo sorprende a lo largo de la lectura del *Memorial* es la frecuencia con la que Fabro alude a su propia inseguridad. Dos temas parecen haberle atormentando desde la niñez. El primero, siempre recurrente, es el de los escrúpulos, es decir la duda sistemática sobre la

---

<sup>13</sup> *Fabri Monumenta*, Pág. 397

<sup>14</sup> *Fabri Monumenta*, 324.

calidad moral de acciones ya realizadas. El segundo, una imaginación sobresaltada y alborotada que le hacía difícil controlar el mundo de su afectividad y sexualidad. Todo ello le bloqueaba en su trabajo apostólico y sacerdotal hundiéndole en la tristeza y angustia frecuentes. Fabro es bastante explícito en ambos temas a lo largo del *Memorial*<sup>15</sup>.

Probablemente en un texto que escribe en el *Memorial* en Maguncia el 3 de mayo de 1543, se expresa sintetizada esta cruz de la vida de Fabro:

*...“El lunes de Pascua, después del rezo de mañtines volví a caer en mi acostumbrada cruz. Me dejaba invadir de la tristeza por tres causas: La primera, porque no siento, como a mí me gustaría, las muestras del divino amor hacia mí. La segunda, porque experimento en mí las señales del viejo Adán más de lo que yo desearía. La tercera, por mi incapacidad de hacer en los prójimos el fruto que yo quisiera”<sup>16</sup>...*

Estos tres temas son recurrentes en todos los escritos de Fabro. Muy probablemente toda esta estructura espiritual tenga una base psicológica anclada en los primeros años de su vida de la que hace un breve recuento al inicio del *Memorial*. Fabro provenía de un mundo aislado y solitario y de una primera juventud marcada por la vida de pastor en aquellos inmensos Alpes nevados del Gran Bornard de la Alta Saboya francesa. Ansioso de poder acceder a los estudios, pudo al fin dedicarse a ellos aprovechando el apoyo de dos de sus tíos priores de la cartuja de Gran Reposoir.

*...“Hacia los doce años, sentí los deseos de estudiar. No podía soportar ser pastor y quedarme en el mundo, como deseaban mis padres. Me harté de llorar, para que me concedieran ir a la escuela”<sup>17</sup>...*

Tanto en el ambiente familiar como en la Cartuja, Fabro subraya el haber sido educado siempre “en el temor de Dios. *“Todos los discípulos, -asegura Fabro,- crecíamos en el temor de Dios, con la doctrina y ejemplo del Maestro Velliard (...). A todos los autores y profetas profanos que interpretaba, los cristianizaba”<sup>18</sup>*. La educación familiar y los primeros estudios debieron ir construyendo una estructura religiosa que

<sup>15</sup> *Memorial*, 35, 187, 188, 204, 230, 231, 232, 241, 248, 278, 311,

<sup>16</sup> *Memorial*, 277.

<sup>17</sup> *Memorial*, 3

<sup>18</sup> *Memorial*, 4

en medio de muchas riquezas propias de la religiosidad popular escondía una gran dosis de culpa.

Probablemente el trasfondo de toda esta formación haya sido ese mundo cultural cambiante del inicio del Renacimiento que se mueve entre la piedad popular de la *devotio moderna*, el humanismo naciente y la escolástica tardía. El mismo Ignacio parece haber crecido en esa misma coyuntura de cambios culturales y religiosos profundos de la Modernidad europea.

Símbolo de toda esta personalidad religiosa será la atención hasta detallista que Fabro pone siempre a los pequeños símbolos religiosos que despiertan en él todo un poderoso atractivo: los templos y sus altares, las reliquias e imágenes, los ángeles, los detalles biográficos de la vida y milagros de los santos patronos de las ciudades que visita y que la liturgia recuerda diariamente y hacia los que muestra gran interés y familiaridad y, en general, todo el mundo de las imágenes y símbolos que ocupa un lugar importante en los relatos del *Memorial*. Por la misma razón, el texto de Fabro está lleno de datos referidos a todo el mundo de las adiciones que rodean el tiempo de la oración según el esquema ignaciano: el horario, las distracciones, la falta de devoción o atención... Se diría que a veces Fabro se pierde hasta la nimiedad en el análisis o la acusación por su infidelidad en estos pequeños detalles.

Lo cierto es que cuando Ignacio conoció a este hombre ya en París, el interior de Fabro estaba marcado por toda una maraña de inseguridades, dudas, escrúpulos y bloqueos que le impedían experimentar la paz interior. Años después recordará Fabro el gran regalo que supuso para su interior la amistad con Ignacio:

...*"Me ayudó a entender mi conciencia, mis tentaciones y escrúpulos que me habían durado tanto tiempo, sin entender nada ni encontrar el camino de la paz. Los escrúpulos me venían por miedo de no haber confesado bien mis pecados desde mucho tiempo atrás. Me atormentaban tanto que, con gusto hubiera escogido irme al desierto, y alimentarme siempre de hierbas y de raíces de árboles"*<sup>19</sup>...

En otro pasaje del *Memorial*, Fabro simboliza en una cruz la carga de su propio sufrimiento que ha de sobrellevar diariamente:

---

<sup>19</sup> *Memorial*, 9



*...“Esta cruz mía casi siempre tiene tres partes: una que brota desde lo profundo de mí ser cuando pienso en mi inconstancia para la santidad; otra que nace de lo que veo a mi alrededor, a derecha e izquierda, al ver mis defectos en las obras de caridad con el prójimo; la tercera que procede de la parte superior y tiene su origen en el conocimiento de mi falta de devoción y en el alejamiento de las cosas que miran a Dios y a sus santos. La consideración de estos tres males míos ya hace tiempo que ha puesto sobre mis hombros una cruz de tres brazos muy pesada”<sup>20</sup>...*

A esta frágil estructura humana se va a unir la tristeza y el desencanto que siente frecuentemente ante la crisis en la que vive la Iglesia alemana dividida por el cisma. Para Fabro el centro del problema de la crisis religiosa del norte de Europa no reside tanto en las diferencias teológicas entre los grandes reformadores, cuyos matices teológicos conoce muy de cerca por su presencia en varias de las reuniones de alto nivel entre los representantes del papa y los enviados de Lutero. Para Fabro el problema de fondo es un problema de crisis de las costumbres, es un problema moral y éste afecta principalmente a los clérigos: sacerdotes que viven en concubinato, iglesias sin atención de parte de sus responsables y en general falta de coherencia y testimonio entre los ministros de la Iglesia. Con frecuencia alude a ese desánimo que a veces le embarga acerca de las posibilidades de “hacer fruto” en Alemania. En su *Memorial* anota en Maguncia el 10 de Junio de 1543:

*...“Noté y ponderé mi continuo tormento desde que conocí Alemania, pensando en la apostasía de esta nación. No quiera Dios que tenga lugar realmente lo que tantas veces he ponderado en mi ánimo (...). Porque he llegado a pensar que tenía que desistir de hacer fruto, escapando primero en espíritu, y abandonando después, la misión que me ha sido confiada en esta región renana”<sup>21</sup>...*

Con frecuencia no es tanto la crisis teológica que supone la Reforma luterana la que produce el desaliento a Fabro; la misma política de reuniones de alto nivel entre teólogos y enviados del Emperador deja escéptico a Fabro que preferiría una postura más radical para combatir los desórdenes morales de buena parte del clero. El día de Santa Brígida siente la tristeza de “que en esta provincia de Maguncia haya

<sup>20</sup> *Memorial*, 241.

<sup>21</sup> *Memorial*, 329.

*muchas parroquias católicas que no tienen pastor propio, ni siquiera un sacerdote, digno o indigno*<sup>22</sup>. Fabro ataca también con frecuencia la disidencia teológica de los “doctores” que propalan herejías<sup>23</sup>, pero sobre todo, se siente decepcionado ante la falta de atención de los sacerdotes hacia sus feligreses:

*...“Pluguiese al Señor nuestro, que en cada ciudad de estas de acá hubiese dos o tres sacerdotes, no concubinarios, ni en otros pecados notorios, los cuales tuviesen celo de las almas, que yo no dudo nada que presto no volviesen con ayuda del Señor esta gente popular y simple; hablo de las ciudades (...). Estos pueblos son engañados, no tanto por luz o especie de bien de los luteranos, como por el mal de los que debían convertir aquellos que nunca fueron cristianos. De manera que si nuestro clero fuese tal cual debe ser, claramente se vería que estos no son tales qui possent facere unas tan grandes tragedias entre cristianos*<sup>24</sup>...”

Para Fabro, los encuentros entre teólogos católicos y luteranos sólo tratan de llegar a acuerdos que son “*disidencias paliadas*” por la presión del Emperador de evitar a toda costa la escisión religiosa del territorio bajo su control. Ante el propio Alberto de Brandeburgo, Fabro no teme expresar lo que para él sería el verdadero trabajo para evitar la separación de la Iglesia alemana: las visitas más frecuentes de los Obispos a sus diócesis, evitar la ambición del buen vivir, la atención de las necesidades de los pobres, la formación adecuada del clero y la fundación de escuelas para la formación de los jóvenes<sup>25</sup>. Fabro incluso tiene un gran deseo de poder hablar con los mismos teólogos protestantes para subrayar los puntos de encuentro entre católicos y luteranos: “*Dios sabe cuánto holgaría de tener libertad para conversar con ellos, y singularmente con Felipe Melanchton, principal de todos*”<sup>26</sup>.

Todas estas experiencias, unas nacidas de su propia psicología, otras provenientes del ambiente religioso alemán hacen que Fabro muchas veces sienta desánimo y frustración en su propio trabajo. Dos imágenes bíblicas son exponente metafórico de estos sentimientos que

---

<sup>22</sup> *Memorial*, 256.

<sup>23</sup> *Memorial*, 332.

<sup>24</sup> *Fabri Monumenta*, 59-60.

<sup>25</sup> *En el corazón...* 49.

<sup>26</sup> *Fabri Monumenta*, 58.

vive el saboyano. La primera, la de la mujer encorvada (Lc13, 10) a la que Jesús logra poner en pie. Llega incluso a sentir que su alma encerrada en sí misma, ensimismada en las débiles pequeñeces propias y en las frustraciones históricas en sus notas de noviembre de 1542 se asemeja no sólo a la mujer encorvada del Evangelio, sino incluso a un reptil:

*...“Tuve entonces un especial conocimiento de mi “reptilidad”, valga la palabra, y de mi ruindad de espíritu. Pedí la gracia de que mi mente se levantase y que no esté, a causa de mi debilidad, inclinada hacia abajo, y hacia las cosas bajas, sino que, por la gracia de Jesucristo, se enderece para poder crecer y levantar los ojos hacia arriba. Pensé entonces que sería bueno hacerme devoto de aquella santa mujer que fue librada por Cristo del espíritu del mal que le impedía, aún corporalmente, mirar hacia arriba”<sup>27</sup>...*

La otra imagen se refiere a la figura de Juan el apóstol amado. Fabro percibe que buena parte de su vida espiritual ha tenido como horizonte principal el buscar ser consolado por el amor de Dios. Siempre ha tratado de experimentar la cercanía e inmediatez de Dios en su vida para disipar todo tipo de temores. Ha buscado con ansiedad “*verlo, oírlo, oler su perfume, gustarlo, querer pensar en Él, conocerlo y palparlo*”<sup>28</sup>. Necesita, poco a poco, convertirse pasar hacia la actitud generosa y madura del discípulo amado “*porque quien quiere amar a Dios, ha de amar todo lo que Él ama*”<sup>29</sup>.

La primera impresión que uno puede tener al leer el Memorial es esa inmensa fragilidad del alma de Fabro asaltada continuamente por estados depresivos y de ansiedad. Una tendencia marcada a la observación de los defectos ajenos, a sospechar de ellos y condenarlos<sup>30</sup>, a dejarse invadir por los escrúpulos, unido con una frecuente sensación de inferioridad. Con razón decía de él su discípulo Pedro Canisio: “*¡Dios nos guarde del mal espíritu que tanto atribuló a Pedro Fabro!*”<sup>31</sup>.

<sup>27</sup> Memorial, 184.

<sup>28</sup> Memorial, 51.

<sup>29</sup> Memorial, 201.

<sup>30</sup> Memorial, 11

<sup>31</sup> LEITNER, S. *op. cit.*, pág.113.

## 2. El amor, el pie derecho

Frente a esta inestabilidad que le amenaza permanentemente, Fabro va descubriendo a lo largo de toda su vida la firmeza de la fe que se apoya en Jesús. Será como un nuevo pie con el que poder caminar en medio de las aflicciones personales y las turbaciones históricas en las que le toca vivir.

Probablemente el primer momento de este itinerario se remonta al encuentro con Ignacio en el Colegio parisino de Santa Bárbara en 1530. Fabro llegó ciertamente desorientado y confuso acerca de su futuro: “a veces me sentía inclinado al matrimonio, a ser médico, abogado o regente, Doctor en Teología, clérigo sin grado o monje”<sup>32</sup>. Ignacio le invitó a realizar una confesión general con el Dr. Castro, le aconsejó la confesión y comunión semanal y le explicó el Examen. Ignacio necesitó esperar hasta 1534 para poder darle los Ejercicios una vez que puso en orden aquella maraña de sentimientos y deseos confusos. Ya en la madurez de su vida apostólica, Fabro recuerda ese encuentro como uno de los grandes beneficios de Dios en su vida:

*...“Juan de la Peña quiso que yo enseñase a este santo hombre, y que mantuviese conversación con él sobre cosas exteriores, y, más tarde, sobre las interiores; al vivir en la misma habitación, compartíamos la misma mesa y la misma bolsa. Me orientó en las cosas espirituales, mostrándome la manera de crecer en el conocimiento de la voluntad divina y de mi propia voluntad... Que la divina clemencia me conceda la gracia de recordar y valorar los beneficios que Dios nuestro Señor me concedió entonces por medio de este hombre”<sup>33</sup>...*

Este proceso de maduración caminaba hacia la confianza en Dios y en sí mismo. Aunque había comenzado con los Ejercicios espirituales en París, para Fabro este fue todo un lento peregrinar de aprendizajes recorrido a lo largo de toda la vida. No hay que extrañarse de que a veces aparezcan retrocesos y avances en el caminar; es parte de la maduración de la persona humana.

Este camino hacia la pacificación interior irá transformando paulatinamente su modo de comportarse dentro de la oración. La preocupación por los pequeños detalles deja de ocupar el lugar central.

---

<sup>32</sup> Memorial, 14.

<sup>33</sup> Memorial, 8 y 9.

A cambio, Fabro comenzará en lo sucesivo a percibir una llamada interior sin estrépito que le lleva a centrarse en su encuentro con Dios pero sin que éste fuera marcado por la culpa o el temor. Algo bien distinto de aquella otra exigencia que anteriormente le acusaba y exigía, más nacida de la culpa y el temor que del amor confiado en Dios.

*"...La diferencia entre lo que comencé a experimentar estos días y lo que me había sucedido con frecuencia anteriormente, consistía en que antes, cuando me distraía en la oración, me llamaba a la interiorización un motor externo (...) tentaciones, remordimientos de conciencia, miedos, reprensiones que me hacía a mí mismo. Todo esto me producía una gran angustia. Ahora, cuando mi alma perdía la paz, la llamada a recuperarla salía de lo más íntimo y la vuelta a la interiorización arrancaba de las mismas entrañas y del corazón"<sup>34</sup>...*

Un punto clave en este camino fue sin duda la purificación de la imagen de Dios que en Fabro se produjo a lo largo de su itinerario. Desde él, Fabro llega incluso a adquirir un conocimiento nuevo de sus propias miserias viéndolas desde la misericordia de un Dios al que también percibe como limitado:

*..."Dios nada impone como obligatorio que supere las fuerzas del hombre, por débil que éste sea, ayudado como está por la gracia de Dios (...). Siendo infinito e ilimitado, tiene en cuenta nuestras fuerzas limitadas y por todas partes recortadas, y nos da para todo sus gracias y sus dones. Nunca nos obliga a apurar las fuerzas de nuestra capacidad, de nuestro conocimiento, de nuestra voluntad. Por eso Él sea bendito por los siglos de los siglos. Amén"<sup>35</sup>...*

Poco a poco, como de modo circular, se va imponiendo la certeza de la seguridad. Especialmente el *Memorial* es prolijo en la descripción de este momento espiritual a partir de diciembre de 1542. Fabro expresa un nuevo modo de vivir la exigencia que brota no ya desde la obligación y la norma, sino del amor. No duda en afirmar que *"todo el fundamento de su ser, por gracia de Dios y de un modo nuevo que él no entiende, se sentía firme y seguro"*<sup>36</sup>. Percibía su interior como una casa firme y asentada en sus auténticos cimientos. Fundamento y ornato se veían renovados con un dinamismo superior a él mismo que sólo podía provenir de Dios.

<sup>34</sup> *Memorial*, 188.

<sup>35</sup> *Memorial*, 161.

<sup>36</sup> *Memorial*, 191.

La seguridad producía una nueva visión de sí mismo más plural y enriquecedora que el pesimismo del pasado. “*Mi naturaleza no es tan simple*”, escribirá el 8 de mayo de 1543. Fabro entiende cómo en la hondura de su persona luchan los espíritus, pero el poder de Dios no permitirá que sea probado más allá de sus fuerzas. Empieza así a entender que ha de saber vivir en medio de ese combate sabedor de la fuerza del resucitado. En todo caso hay una firmeza incommensurable: la seguridad de la misericordia de Dios que permite al hombre caminar desde la paz estable y duradera.

Esta nueva mirada sobre su persona, le permite a Fabro ver de un modo nuevo sus límites. No es que la debilidad desaparezca, pero sí se transforma el modo como Fabro la contempla. En aquella Navidad de 1542 vislumbra que, como en Belén, su humilde y pobre persona, precisamente por esa misma fragilidad es el lugar oportuno para la presencia de Dios, es como una nueva teofanía:

*...“En la primera misa me sentí enteramente frío antes de la comunión, y me dolía de no poder disponer de otra morada mejor para recibir al Señor. Me vino entonces una inspiración bastante clara con un interior sentimiento de devoción, hasta derramar lágrimas, en el que se me dio esta respuesta: Jesucristo viene al establo, y si estuvieras muy fervoroso, no verías aquí la humanidad de tu Señor porque tu espíritu no estaría en consonancia con el establo. Fui consolado por el Señor que se dignó entrar en casa tan fría”<sup>37</sup>...*

Tres medios considera Fabro que son los indicados para progresar en esa firmeza de la fe: el análisis de las mociones de Dios (más que la atención a las del mal espíritu en las que ha estado embebido anteriormente), el crecimiento en la propia virtud y el amor al prójimo.

*...“Tres son las maneras de progresar según tres clases de virtudes: la primera se refiere al conocimiento de las cosas divinas y de las mociones que directamente conducen el espíritu hacia Dios; la segunda tiene relación con todo lo que directamente atañe a nuestra perfección; la tercera se relaciona con lo que toca al prójimo”<sup>38</sup>...*

Desde esa nueva visión de sí mismo brotaba una nueva lucidez intelectual que le permitía descubrir su propia persona y sus

---

<sup>37</sup> Memorial, 197.

<sup>38</sup> Memorial, 295.

capacidades sin experimentar las turbaciones acostumbradas. “La confusión y la flaqueza se transformaban en fortaleza y solidez”. Aquella Navidad de 1542 en la catedral de Maguncia deseó Fabro con todo ardor para sí un nuevo nacimiento. Llega incluso a poder leer sus propias miserias con una nueva óptica:

*...“Encontré una buena respuesta al pensar que era bueno que la persona siga adelante con la voluntad de hacer cualquier obra buena y no fatigarse ni deprimirse de lo ya pasado”<sup>39</sup>...*

A partir de ese sentimiento de renacer a una nueva vida, Fabro extiende la plegaria por las muchas necesidades de Alemania:

*...“Esta misa la apliqué para que nacieran soluciones para los problemas de estos tiempos tan calamitosos, es decir, por la paz de los príncipes cristianos, por la extirpación de las herejías y por todos los bienes universalmente necesarios”<sup>40</sup>...*

La percepción de una nueva presencia firme de Dios es la que finalmente produce en Fabro una honda pacificación interior. Dios está junto a él y esa seguridad le ayuda para poder hacer frente a tantas turbaciones que le rodean:

*...“Sentí una gracia especial que nunca antes había experimentado tan intensamente (...). Consistió en que mi mente, con más firmeza y estabilidad que de costumbre, se elevó hacia la vista de Dios que está en los cielos. Ahora fue una elevación en lo más alto del alma que me hizo percibir la presencia de Dios como está en su templo del cielo”<sup>41</sup>...*

Fabro descubre una nueva óptica en su vida interior. Descubre que se ha desenvuelto ante Dios siendo siempre sujeto “paciente” que busca por encima de todo ser amado y para ello pone un gran interés en arreglar su “morada interior”. La luz de la Navidad le muestra cómo esa ha de ser ya una etapa a superar y es oportuno convertirse en sujeto “agente” cuyo interés debe estar en protagonizar las obras del amor.

*...“En estos días de Navidad creo haber conseguido algo bueno, relacionado con mi nacimiento espiritual: el desear buscar señales de mi amor a Dios (...). Hasta ahora andaba yo muy deseoso de procurar aquellos sentimientos que me daban a entender lo*

<sup>39</sup> Memorial, 177.

<sup>40</sup> Memorial, 196.

<sup>41</sup> Memorial, 319.

*que significa ser amado por Dios y sus santos. Buscaba sobre todo comprender cómo me veían a mí. Esto no es malo. Es lo primero que se les ocurre a los que caminan hacia Dios (...). Pero hay un tiempo determinado en el que se nos da y se nos exige que no queramos ni busquemos principalmente el ser amados de Dios, sino nuestro primer empeño ha de ser amarlo a Él<sup>42</sup>...*

En resumen Fabro entiende que es llamado a pasar a una nueva etapa de su vida interior. No puede seguir caminando únicamente desde el temor al que le invitaba su formación piadosa de origen renano, cartujo y emparentada con la “*devotio moderna*”. El auténtico camino de crecimiento en la vida del Espíritu necesita construirse también desde el amor. Será necesario caminar alterando el viejo sistema que avanzaba desde el temor para poder crecer prioritariamente desde el amor:

*...“Que el Señor nos conceda, a mí y a todos, los dos pies con los que hemos de esforzarnos para caminar por el camino de Dios. El verdadero temor y el verdadero amor. Hasta ahora tengo la impresión de que el temor ha sido el pie derecho y el amor el izquierdo. Ahora ya deseo que el amor sea el pie derecho y el temor el izquierdo y menos importante”...*

### 3. Primero Pedro, después Juan

La conclusión de toda esta purificación no es sólo una mirada nueva sobre sí mismo, sino también una nueva relación con lo que rodea a Fabro. La nueva experiencia de fe se transforma en una nueva dinámica apostólica. Fabro entiende que de esta experiencia de Dios ha de nacer un interés nuevo por la historia, por la misión, por los otros. Ha de transformar su postura desde el ensimismamiento hacia el interés amoroso por quienes le rodean. Ha de convertirse “de Juan en Pedro”:

*...“De aquí en adelante he de poner más cuidado en lo que es mejor y supone mayor generosidad y que yo menos he hecho, que es buscar más amar que ser amado. Por eso he de fijarme con más diligencia en las señales que me pueden mostrar que yo amo, que en aquellas otras que me manifiestan que yo soy amado. Y estas señales serán los trabajos que hago por Cristo y por el prójimo, según lo que Cristo dijo a Pedro: “¿Me amas más que estos?. Apacienta mis ovejas”. Has de procurar ser primero Pedro y después Juan, el cual es más amado y hacia quien van las preferencias. Hasta ahora has querido ser primero Juan y después Pedro”<sup>43</sup>...*

---

<sup>42</sup> Memorial, 202 y 203.

<sup>43</sup> Memorial, 226.



Este texto es ciertamente un fragmento clave de todo el *Memorial*. Muestra con evidencia un giro de orientación en la vida interior de Fabro. Estamos en diciembre de 1542. Pero probablemente este giro fue recurrente a lo largo de toda su vida. La señal era inconfundible. Su crecimiento espiritual debía caminar hacia el interés por la misión y las tareas apostólicas. Era invitado al amor generoso de las personas que se le confiaban. Desde él se oscurecía el temor. La historia, los retos de la vida apostólica en Alemania, las exigencias de la naciente Compañía y el mundo en general debían ocupar un lugar central en su interior.

Descentramiento, salida de uno mismo, éxodo hacia la historia: he ahí la clave del crecimiento de Fabro para poder salir del síndrome de la mujer encorvada hasta el protagonismo apostólico de Pedro. Los deseos de Fabro avistan el futuro con esperanza y miran a su entorno.

A partir de este momento la oración de Fabro se eleva para mirar hacia el mundo<sup>44</sup>. Se podría decir que Fabro llevaba el mundo en su plegaria preferida, la súplica de intercesión. El 19 de noviembre de 1541 Fabro anota en su *Memorial* que experimenta una gran devoción al recordar en la súplica a ocho personas:

*...Tuve gran devoción al recordar a ocho personas con el deseo de tenerlas siempre en la memoria para orar con ellas sin fijarme en sus defectos. Estas eran: El Sumo Pontífice, el Emperador, el rey de Francia, el rey de Inglaterra, Lutero, el Turco, Bucer y Felipe Melanchton*<sup>45</sup>...

A veces no es sólo una plegaria por las personas, sino también una súplica por aquellas ciudades a las que lleva su vida apostólica itinerante o las que se encuentran más alejadas de la Iglesia:

*...El Señor me concedió en este viaje muchos sentimientos de amor hacia los herejes y hacia todo el mundo. Ya antes había recibido un don especial de devoción, que espero me dure hasta la muerte, con fe, esperanza y amor. Consistió en desear siempre el bien para estas siete ciudades: Wittenberg en Sajonia; la capital de Sarmacia, cuyo nombre no recuerdo en este momento; Ginebra de Saboya; Constantinopla en Grecia; Antioquía, también en Grecia; Jerusalén; Alejandría en África. Me propuse recordarlas siempre, con la*

<sup>44</sup> GARCÍA DE CASTRO, José. "Pedro Fabro: orar y vivir", *Sal Terrae*, 94 Santander, 2006, págs. 551-570.

<sup>45</sup> *Memorial*, 25.

*esperanza de que yo o alguno de la Compañía de Jesucristo, pudiéramos celebrar un día la misa en estas mismas ciudades*<sup>46</sup>...

Muchas de esas ciudades son exactamente el corazón de la herejía o la disidencia de la Iglesia. Sarmacia es Rusia y su capital, Moscú, es la capital del imperio ortodoxo. Antioquía, Jerusalén y Constantinopla, antiguas sedes de los Patriarcados, estaban en ese momento en manos del poder musulmán; Ginebra era la sede central del calvinismo, mientras que Wittenberg había sido el origen de la disidencia luterana.

Ese mismo interés por construirse desde el amor lleva a Fabro frecuentemente a interesarse por las personas pobres que encuentra a lo largo de sus trabajos. Así desea ser solidario con los pobres privándose de algo necesario a lo largo del año, llega a desear una y otra vez poder vivir mendigando de puerta en puerta y se siente solidario con los afligidos por las pestes y enfermedades que azotan las ciudades alemanas, o por los niños que mueren en la infancia.

Desde esta nueva perspectiva personal, menos ensimismada, más abierta a las necesidades de los otros, Fabro siente una visión nueva de sí mismo que le lleva a redescubrir su ser sacerdotal y su llamada al servicio de los demás:

*... "Recordé las distintas necesidades de los hombres: pobreza, angustias, turbación, adversidades, opresiones. Sentí entonces que se apoderaba de mí un gran deseo de perseverar en la consideración de las miserias de los vivos y los muertos y de poder orar siempre por ellos manteniendo como Moisés las manos levantadas mientras ellos luchan o padecen o se esfuerzan por conseguir algo bueno"*<sup>47</sup>...

También esta nueva estructura interior que le lanza a la misión, le ayuda a ver con ojos nuevos la situación de Alemania evitando tanto el apasionamiento como el pesimismo. Una mirada sobre la realidad eclesial en la que la esperanza cristiana tiene un lugar propio. Ahora lee las oscilaciones de su pensamiento en el pasado con una mayor objetividad, aunque sin caer en optimismo acrítico:

*... "Este día, después de misa, pensé en la variedad de espíritus que me han agitado muchas veces y me hicieron dudar de las posibilidades de hacer fruto en*

---

<sup>46</sup> Memorial, 33

<sup>47</sup> Memorial, 354.

*Alemania. Caí en la cuenta de que no hay que hacer ningún caso a lo que sugiere el mal espíritu (...) sino a las palabras y sentimientos del buen espíritu que ofrece posibilidades y da ánimo, aunque hemos de tener cuidado de no inclinarnos demasiado a la derecha (...), de manera que a la buena confianza no se mezclen las ilusiones que nacen de la abundancia"<sup>48</sup>...*

**Concluamos.** La vida de Fabro tiene mucho de auto-comprensión y diálogo interior consigo mismo. Fabro llega cada vez a comprender con más lucidez el itinerario propio por el que Dios le ha ido conduciendo. Casi al final del *Memorial*, en Julio de 1543, Fabro hace como un resumen y compendio de lo que habría sido el proceso de su vida interior.

Todo el proceso de su peregrinar habría atravesado por tres momentos. La primera etapa habría estado caracterizada por la ignorancia en la vida del discernimiento. Es una época en la que Fabro apenas distingue entre la presencia de Dios y la del mal en su interior o en sus virtudes y defectos; todo se da como en estado bruto sin proceso de diferenciación. Simplemente se sostiene apoyado desde el mundo de las devociones en el que ha sido educado desde la infancia. Muy probablemente se está refiriendo aquí a la etapa de su primera juventud en Saboya hasta la llegada a París:

*..."En tiempos ya lejanos, no conocía mis defectos, ni interiores ni exteriores, y lo mismo me sucedía con la gracia de Dios que entonces no la experimentaba ni dentro de mí, ni fuera de mí, es decir, ni en mis obras interiores, ni en las exteriores"<sup>49</sup>...*

A esa primera época habría sucedido otra en la que el gran hallazgo sería la paz. Sin duda Fabro está haciendo aquí alusión a la época de estudiante en París después de conocer a Ignacio. Poco a poco pudo desenmarañar el movimiento de espíritus al que estaba sometido y descubrir el itinerario por el que Dios le quería conducir; sin duda que en esa tarea los Ejercicios acompañados por Ignacio debieron ocupar un lugar clave. No obstante en esta etapa el tema central era solamente "*su interior*", es decir la propia purificación de su alma, pero el mundo de los sentimientos del amor que emprende el seguimiento de

<sup>48</sup> *Memorial*, 254.

<sup>49</sup> *Memorial*, 353.

Jesús y de la caridad para con los prójimos estaba aún dormido. El afán constante de purificación, la mirada compulsiva hacia su debilidad, al fin le desgastaba y fatigaba:

*...“Sucedió que más tarde, se me concedió la gracia y la paz que ella trae consigo. En este tiempo me preocupaba solamente de mi interior que me parecía sin sentimientos, mientras que sentía las fatigas del cuerpo y de la mente”<sup>50</sup>...*

Por último en la madurez de su vida, Fabro llega a descubrir que el amor debe ser el protagonista central de su propia vida y que desde ahí debe crecer:

*...“Más tarde, por una gran misericordia de Dios se me concedió ver que descanso demasiado en mi Dios y en la caridad del prójimo pero que fallo mucho en la ejecución y en el buen uso de tantos y tan buenos talentos”<sup>51</sup>...*

Ese será el itinerario que aún restaba por recorrer a Fabro hasta el final de sus días. Dejando atrás el pasado de inseguridades y poniendo la mirada en el futuro, debía dejarse moldear por la positividad del amor hacia los hermanos. No sólo era Fabro, -al decir de Ignacio, - quien “sacaba agua de la roca”; era el mismo Dios el que transformaba su propia personalidad anclada en la culpa paralizante del pasado para convertirla en pozo de agua viva para las personas con las que trataba. Fabro sólo debía dejarse siempre moldear por ese proyecto de Dios con la misma honestidad con la que había caminado hasta entonces:

*...“De esta manera, con relación a Dios, siempre subiendo; respecto a mí, bajando siempre; y con relación a los prójimos, dilatándome cada día, a derecha e izquierda y alargando mis manos para el trabajo”<sup>52</sup>...*

---

<sup>50</sup> *Ibid.*

<sup>51</sup> *Ibid.*

<sup>52</sup> *Memorial*, 241.